

Manuel de Unciti y Ayerdi (1931-2014)

Joan Cantavella

Una vida larga y plena es la que desarrolló el P. Unciti a lo largo de sus 83 años de vida. La consumió al servicio de los demás en las múltiples actividades a las que se aplicó con fervor. Quienes durante un tiempo convivimos con él, y después le seguimos de cerca durante décadas, conocemos los impulsos que movían su existencia: el sacerdocio por encima de todo, pero en su realización práctica, el mundo de las misiones, la escritura periodística y la Residencia Azorín para estudiantes de Periodismo. En todo ello concitó su radical entrega y el cariño con que envolvió a cuantos le rodeaban.

A la espera de una extensa biografía, hemos preparado unas páginas que resumen la existencia de este sacerdote donostiarra, una existencia en la que se hizo querer por el afecto hacia los demás que emanaba de su persona y que se hizo respetar por la seriedad y laboriosidad con que acometía sus compromisos casi podríamos decir laborales, pero que en su caso tenían un elevado grado de apostólicos. Una preparación intensa en los seminarios de San Sebastián y Vitoria: su especialización en una universidad romana que luego se materializa en la dedicación a las Obras Misionales Pontificias de España; una entrada en el periodismo al servicio de la información religiosa; creación y mantenimiento de un hogar para quienes se estaban formando para ejercer su misma profesión... Es la trayectoria abreviada de un servicio intenso y plural, del que hizo bandera en sus largas jornadas de trabajo y convivencia.

Manuel de Unciti y Ayerdi (ya de adolescente cambió ligeramente la carta de presentación que es todo nombre) nació en San Sebastián el primer día del año 1931, hijo de Evaristo y de Macaria, ambos de origen navarro (de Torres de Elorz el padre y de Burgui la madre). Llegaba a un hogar en el que le habían precedido sus hermanos Asunción y Luis María, pero también Ignacia a la que no llegó a conocer, y le siguieron después Carlos, María Nieves y Jaime. Llegaba a un hogar de profunda raigambre cristiana, donde sus padres inculcaban a sus hijos desde el primer momento los principios religiosos, sobre todo con el ejemplo constante y sacrificado. En la guerra civil sufrieron el zarpazo de la detención de Evaristo, que fue llevado a varias prisiones de San Sebastián y Bilbao, hasta ser liberado tras once meses de cautiverio en condiciones físicas y psicológicas extremas. De ello no se enteraron los hermanos Luis Mari y Manolo, porque habían sido llevados en aquel mes de julio de 1936 a Burgui (en el valle navarro del Roncal), para que pasaran el verano en la casa de los abuelos.

Concluida aquella traumática etapa se reanudó la vida habitual, con las carencias propias de la época. Cuando había que comenzar con la enseñanza primaria, Manolo debió manifestar una inclinación al sacerdocio, porque sus padres consideraron conveniente llevarle a un colegio donde las religiosas de los Sagrados Corazones preparaban a niños y niñas a la vida religiosa. Y es que, desde muy pequeño, Manolo quiso ir al seminario y sus padres vivieron esta inclinación como un don del cielo, con una actitud muy similar a la que sentían muchos padres católicos de su época. Tener un hijo sacerdote era un regalo que agradecían vivamente, deseosos de contribuir de esta manera a la extensión del Reino. Eso les hizo sentirse más unidos a este hijo, de la misma manera que también el niño desarrolló una admiración y un agradecimiento hacia sus padres, sentimientos muy intensos que no le abandonaron nunca.

Alguna vez se preguntaba Manolo de dónde le vino aquella temprana voluntad de prepararse para ser sacerdote, algo que difícilmente se puede descubrir porque atañe a sentimientos lejanos, muy profundos y arraigados. Algo apuntó en la homilía de la misa con que celebraba el veinticinco aniversario de su ordenación sacerdotal (1979), porque en aquel acto manifestó su convicción de que había llegado allí como consecuencia de que su progenitor lo deseara intensamente para él mismo en su juventud, sin poder lograrlo a causa de las dificultades económicas que se presentaron: sus padres no se podían permitir la marcha de un hijo varón, al que necesitaban perentoriamente para las tareas agrícolas, y tampoco estaban en condiciones de sufragar los gastos que ocasionaban los estudios en el seminario. “Aquel primer impulso de mi padre – reflexionaba aquel día-, ¿no encontraría repetida expresión en sus deseos de tener un hijo que fuera lo que él no pudo ser?” La respuesta que se daba a si mismo era de este tenor: “Yo creo que por aquí han discurrido mansa, callada, soterradamente los caminos de Dios”.

Al concluir la guerra civil, Evaristo reunió a los hijos en el salón de la casa y de una forma solemne les explicó lo que le había sucedido al comienzo, aquello que motivó su detención. La delación de un antiguo socio estaba en el origen de todos los quebrantos que sufrió él y toda la familia: la confesión de que le había perdonado todo el mal recibido, le causó a Manolo una viva impresión, hasta el punto de que el resto de su vida consideró que su vocación arrancaba de ahí: “Me pareció un gesto heroico, que reproducía lo que podía ser un cristiano”.

Un detalle más, porque en el mismo sermón salió a relucir que su madre, todavía soltera, había peregrinado los cincuenta kilómetros que mediaban hasta el castillo de Javier. “¿Por qué no imaginar –se preguntaba entonces- a aquella joven roncalesa de veinte años, postrada a los pies del Apóstol de las Indias, Patrono de todas las misiones católicas, pidiendo a Dios la gracia -¡que de este talante son nuestras madres!- de tener un hijo misionero?”. Confluencia de voluntades y de fervores que desembocaron en ese hijo cura, que dedicó lo más granado de sus horas a trabajar por las misiones, aunque fuera desde la modestia –que no falta de intensidad- de la retaguardia.

Estudios en el Seminario

Así, de una forma natural, a los once años ya hizo explícito su deseo de ser sacerdote e ingresó en la llamada preceptoría de San Sebastián, una especie de aliviadero del seminario de Vitoria, entonces habitado por cientos de muchachos que tenían idénticas aspiraciones. El último año de Latín y Humanidades ya lo cursó en este espléndido centro, que lo era no solamente por sus instalaciones, sino por la preparación intelectual y religiosa que les proporcionaban (algunos autores lo consideran como el mejor de su tiempo entre todos los de España). Excelentes educadores, bien dotada biblioteca, espiritualidad acorde con la edad de los candidatos, formación musical y pastoral muy completa, academias para especializarse en algunas tareas sacerdotales, como liturgia, catequesis, Acción Católica, apostolado rural, misiones...

Todo aquello constituía el entramado de la vida que conocerán Manolo y sus compañeros durante unos cuantos años: una vida dura y exigente, pero que la mayoría asumen con entusiasmo y alegría, dispuestos a formarse según las normas y costumbres que eran habituales en los seminarios de la época. Todos los días cumplen un estricto horario, que conlleva sacrificio y entrega: se levantan a las seis de la mañana y quince minutos después ya se hallan en la capilla para la meditación y la misa. A las ocho reciben el desayuno y a las ocho y media comienzan las dos clases, precedidas de

estudio, que se desarrollan a lo largo de la mañana. A las doce se les sirve la comida y las clases se reanudan a las dos de la tarde (clases más el tiempo de estudio correspondiente). Después se va alternando el recreo con el estudio y la formación musical hasta llegar a la cena, que se ofrece a las ocho en punto. A la cama se iba temprano, como era habitual en estos ambientes. Casi siempre se come en silencio, mientras un compañero lee libros, más bien religiosos, acomodados a su edad.

El aprendizaje de las materias que constituían el plan de estudios era todo lo exigente que cabría esperar de un centro que había sido concebido, realizado y programado con voluntad de que aportara el máximo apoyo a los educandos. Por tanto, se tenían que enfrentar a las asignaturas señaladas como imprescindibles para su formación, con unos profesores muy preparados y volcados en la enseñanza y con un nivel de compromiso casi impropio de la infancia o de la juventud de los que allí estaban recogidos. Por poner un par de ejemplos, nos fijaremos en el impulso que tomaban los debates filosóficos o teológicos, que en ocasiones solemnes se realizaban ante todos los compañeros y superiores y de forma habitual ante grupos más reducidos, pues salían de los ejercicios constantes que tenían lugar en las aulas. ¿Y qué decir del nivel que se alcanzaba en el conocimiento de la lengua latina? Su estudio constante y profundo llevaba a que, al cabo de pocos años, fueran capaces de utilizarla en la lectura y escritura, en los exámenes y hasta en las relaciones cotidianas y, por parte de los más dotados, hasta con una cierta elegancia. Hay que tener en cuenta que esa lengua era la empleada regularmente para los debates a que antes aludíamos. Evidentemente no se conformaban con poco. Tampoco él perdió el tiempo y las asignaturas cursadas fueron calificadas por lo general con notables y sobresalientes (así figura en la ficha que se le abrió al entrar en el Colegio Español de Roma en octubre de 1954).

En conjunto se trataba de una formación que no podía estar mejor orientada, sobre todo si tenemos en cuenta la época. Son años en los que, en buena parte de las diócesis españolas, se produce una cerrazón mental e intelectual, al tiempo que se imbuye una piedad de corto alcance. En cambio, las grandes personalidades que en el campo del conocimiento y de la espiritualidad destacan en la diócesis de Vitoria son destinadas a la formación de los seminaristas y esa solidez humana, religiosa e intelectual va a repercutir muy directamente en sus pupilos. Cuando salgan de allí serán, en líneas generales, personas competentes y maduras, con una preparación que pocas instituciones están en condiciones de otorgar.

Aquellos superiores les repiten machaconamente una consigna que quedará grabada en sus mentes para siempre. El “Solo sacerdote. Siempre sacerdote. Sacerdote en todo” será una idea que nadie de los que han pasado por aquellas aulas y capillas podrá olvidar nunca y desde luego siempre la tuvo presente Manolo, al que se la escuchamos muchísimas veces. Uno de tales formadores lo explicaba de esta manera: “He sido siempre un loco convencido de que un sacerdote enfrascado en ideales políticos defraudará en mayor o menor escala las exigencias sacerdotes de su vocación y los deseos apremiantes de Jesús Sacerdote que nos pide todo el esfuerzo al servicio de nuestro sacerdocio. Esto lo he predicado por activa y pasiva, en privado y en público: ‘Sacerdote siempre’, ‘siempre y en todo sacerdote’, es el gran lema que he comentado mil veces aspirando a que mis seminaristas brillen con la máxima autoridad sacerdotal en medio de los hombres” (Joaquín Goicoecheaundia). También lo destacaba Mons. Cirarda: “Fue un lema casi obsesivo para los presbíteros formados en Vitoria por los años 1940-50” ¡Cómo había interiorizado Manolo estas ideas, después de haberlas recibido con ímpetu, en unos años que permaneció con los oídos muy abiertos y muy receptivos!

Inclinación hacia lo misional

Hemos aludido antes a las academias. A muchas de ellas se asomó Manolo para aumentar sus conocimientos y desarrollar habilidades que pudieran serle útiles en el futuro, pero hubo una a la que se entregó en cuerpo y alma, lo que le permitió integrarse y aprender de forma sistemática, incluso poner de manifiesto la capacidad de liderazgo que le caracterizó desde entonces. Era el grupo misional, en el que trabajó con auténtica pasión, porque desde el primer momento caló en su interior la obligación de todos los cristianos por involucrarse en la evangelización universal, una corriente que en aquellos años se hallaba muy prendida entre sacerdotes y aspirantes.

En el seminario de Vitoria existía una persistente tradición en este sentido. Tal vez el toque más estruendoso lo dio uno de sus profesores, don Ángel Sagarmínaga, cuando eligió y expuso con ardor el tema de la importancia de las misiones en el discurso que pronunció en la inauguración del curso 1919-20. Enardeció de tal manera los ánimos de sus oyentes que ya nunca se olvidaron del calor que había desprendido una llamada como aquella. Con una derivación también temprana: la aspiración de que los sacerdotes diocesanos, que estuvieran dispuestos, pudieran ejercer su ministerio en territorio de misiones, sin abandonar su dependencia orgánica de la diócesis. Querían que a Vitoria le asignaran un territorio al que pudieran acudir sacerdotes, religiosas y laicos de allí, como una prolongación de su espíritu evangelizador.

No lo tuvieron fácil, pero pusieron tanto empeño, desde el obispo hasta el último de los seminaristas, que el Papa Pío XII decidió que acudieran en auxilio del obispo de Guayaquil (Ecuador), que en aquellos tiempos había suplicado a la Santa Sede que le prestaran ayuda, ya que se estaba encontrando con serios problemas para extender en su demarcación la presencia cristiana. Hubo sus dificultades, porque se trataba de una modalidad novedosa en el seno de la Iglesia, pero se superaron al fin y en el mes de octubre de 1948 salió la primera expedición. Desde entonces han pasado por allí cientos de sacerdotes, religiosas y laicos, tomando bajo su responsabilidad años después otras tierras en Venezuela, Ruanda, Congo y Angola.

El dinamismo apostólico de Manolo se puso de manifiesto en aquellos años y de una forma notable (o sea, lo que conocimos a partir de sus treinta y tantos años venía de lejos): siempre a favor de infundir en sus compañeros la preocupación por esa evangelización universal y conseguir resultados palpables, en forma de oraciones y de ayuda económica. El afán de ofrecer becas a los candidatos al sacerdocio en esos países lo mantendrá durante toda su vida. Hay un hecho que debe ser destacado aquí. El último año de la carrera pensaron celebrar la festividad de san Francisco Javier con un acto que se saliera de lo común. Alguien le encargó a Manolo que escribiera un auto sacramental sobre la figura del jesuita navarro. O lo había pensado con anterioridad y aquel verano se dedicó a componer la obra teatral, que a decir de quienes la presenciaron resultó ciertamente brillante, porque parecía imposible que saliera adelante con solo unas semanas de preparación. Intervenían más de diez actores y otros compañeros se hicieron cargo del escenario, de la tramoya y las luces. Para su compañero Juan Mari Garmendia, “la función del día de San Francisco Javier resultó grandiosa. Puedo recordar la impresión que produjo en mí, lo que me hizo considerarle un escritor de primera categoría. A las alturas del último curso de teología, con aquellas aficiones que demostraba, quedó abierto el camino por donde habría de discurrir su vida y los objetivos misionales de la misma. Bien se puede decir que toda su vida estuvo volcada hacia ello, como sacerdote y como periodista”. Debió resultar todo un acontecimiento y

sin embargo nunca se volvió a representar y tampoco tenemos noticia de que se haya conservado el texto.

En aquellos años se puede pensar que dudaría en alguna ocasión de si realmente se sentía llamado a ser sacerdote. Su respuesta fue contundente: “No, siempre pensé en ser sacerdote, a pesar de que el ambiente era más bien propicio a la duda. Por entonces puede que hubiera un ochenta por ciento de abandonos, lo cual significa que en un seminario como el de Vitoria, que llegó a tener unos ochocientos alumnos, todos los días se producía alguna salida. Con el paso de los años en ese clima, al ver la opción que tomaban tantos compañeros, también se te pasa por la cabeza, pero no fue mi caso, a mí nunca se me ocurrió dudar. Yo veía que tenía que ser sacerdote. No es que me gustara, es que se trataba de una imposición que me hacía a mí mismo. Como que sólo por ese camino me encontraría a mí mismo”.

Sacerdote camino del doctorado

En un ambiente inmejorable de sólida formación y de alegre camaradería fue avanzando Manolo en sus estudios, acercándose a la ordenación sacerdotal. Antes de llegar a ella se produjo un cambio notable en la configuración de aquel territorio eclesial: de la gran diócesis que ocupaba todo el País Vasco y que presidía Vitoria se desgajaron las sedes episcopales de Bilbao y San Sebastián. El obispo de esta, Mons. Font y Andreu, decidió que sus seminaristas realizaran los estudios en Guipúzcoa, por lo que marcharon al centro que les había sido habilitado con este propósito. Manolo solamente cursó su último año allí, pues enseguida llegó el momento de recibir las órdenes sagradas. Fue el 29 de junio de 1954, con veintitrés años. La primera misa la celebró en su parroquia de siempre: la del Buen Pastor, que a estas alturas se había convertido en catedral de la diócesis.

Tanto él como el obispo pensaron que sería conveniente que continuara los estudios: por su predilección y por los consejos de los superiores optó por cursar la licenciatura de Misionología en la Universidad Urbaniana de Roma, que gozaba de prestigio en este campo. Se matriculó allí y se hospedaba en el Colegio Español, que dirigían los Operarios Diocesanos. Fueron dos años tan sólo, pues una vez concluida esta etapa, eligió otro centro para continuar en Roma mientras desarrollaba los estudios de Doctorado. Para su tesis se inclinó por aspectos históricos de las misiones, en concreto, la pretensión de los reyes españoles del siglo XVIII de erigir diócesis bajo su patronazgo en el sudeste asiático (en las tierras que pisó o quiso evangelizar su admirado Francisco Javier).

Trabajó intensamente buscando documentación en los principales centros de Madrid y Roma (archivos vaticanos, embajada española; archivos de Sevilla, Simancas y Valladolid). Llegó un momento en que optó por dejar Roma (debió ser en el curso 1958-1959), porque a una persona tan inquieta como era él difícilmente se le sujeta a una mesa de estudio. Debió de pensar que no se había hecho cura para dedicarse en exclusiva al trabajo demorado en los centros de investigación, aunque fuera sobre una materia tan querida, sino que necesitaba salir de los archivos para ejercer también su actividad entre quienes tenían necesidad de ser atendidos pastoralmente. Por otra parte, los elogios que estaba recibiendo le ponían en situación de hacer carrera en el ámbito de la Santa Sede, algo para lo que no se sentía atraído en absoluto. Optó por poner tierra por medio. Decidió proseguir los estudios en París, donde encontraría buenos profesores y bibliotecas para continuar con su tesis doctoral, pero también con un abundante número de españoles que necesitaban la cercanía de un sacerdote que les acompañara en

la soledad de su condición emigrante y les atendiera espiritualmente. Es lo que hizo durante algún tiempo, más bien corto, porque su proyecto de vida sufrió un considerable revolcón. Por fortuna no en sus más íntimas inclinaciones, sino en un aspecto (la investigación histórica) que con toda seguridad no era básico en su razonamiento sobre la vida que más le cautivaba.

Esos años tan fructíferos terminaron un día un tanto abruptamente. Fue en el verano de 1961 cuando recibió una llamada que no podía ni quería desatender: desde la sede española de las Obras Misionales Pontificias requerían sus servicios, porque los principales dirigentes, sus admirados Ángel Sagarmínaga y Joaquín M. Goiburu, estaban necesitando la ayuda de un joven sacerdote que les echara una mano en la tarea de animación misionera, en la que se encontraban volcados y en la que estaban logrando importantes frutos.

Manolo no se lo pensó dos veces y se vino a Madrid. Colaboraría en las labores de aquel centro mientras concluía su tesis, cuya documentación era ya inmensa y cuya redacción había iniciado con verdadero ímpetu. Pero este propósito inicial se fue diluyendo a medida que pasaban los meses, pues el trabajo misional que se le proponía era tan amplio y resultaba tan de su agrado que allí quedó aparcado su proyecto con la esperanza de reemprenderlo en cuanto se encontrara con mayor disponibilidad. En verdad nunca concurrieron las circunstancias que lo hicieran posible y quedó depositado en maletas y cajas todo el material que había ido reuniendo en prolongadas y pacientes jornadas realizadas en los mencionados centros de investigación.

Volcado en la animación misionera

Una vez en España, el P. Unciti se involucró con ganas en las tareas que llevaban a cabo en aquel centro misional, que fundamentalmente se dirigía a concienciar a los católicos españoles en todo lo referente a la evangelización en los países del Tercer Mundo, a divulgar y profundizar en la dimensión misionera de nuestra fe y a obtener de los católicos españoles dinero suficiente para atender a las necesidades ordinarias de la Iglesia en las diócesis de las naciones menos dotadas. Así pues, había que llevar a cabo una acción continuada de información y animación en la sociedad española, fundamentalmente en el ámbito de la catolicidad, porque las carencias eran enormes y nunca es suficiente lo que se les puede hacer llegar (situación que no ha variado y para la que se sigue trabajando intensamente desde aquel centro).

Ya hemos dicho que no le faltaba tarea, pero es que además le convencieron para que cubriera un hueco que nadie como él estaba tan capacitado para asumir. Allí necesitaban un periodista con carnet, que estuviera en condiciones de ponerse al frente de las muchas publicaciones que se lanzaban desde aquel lugar: eran los tiempos en que el ministro de Información, Manuel Fraga, preparaba una nueva Ley de Prensa, que imponía como obligatoria la condición de periodista profesional para quienes ocuparan la dirección de las publicaciones periódicas. Para ello había que matricularse en la Escuela Oficial de Periodismo y obtener el título correspondiente. No se lo pensó dos veces: comenzó los estudios en el mes de octubre de 1963 y los concluyó en junio de 1966. Ya era, pues, periodista como el régimen exigía. Ya podía hacerse cargo de las revistas que con las que se pretendía infundir el espíritu misionero a los católicos españoles.

Esta fue la primera tarea en la que se volcó. Descubrió que escribir era lo suyo y a ello se dedicó en cuerpo y alma, al lado de los citados Sagarmínaga y Goiburu, con la colaboración de otros dos sacerdotes, Javier M. Echenique y Pedro Sanmartín. Debía

ocuparse en preparar material (doctrinal, litúrgico, informativo) para las grandes campañas misioneras que se proyectaban desde aquel centro y a fe que lo hizo a conciencia. Le entregaron la dirección de la revista *Illuminare*, órgano de la Unión Misional del Clero, y después le pidieron que renovara el antiguo *Catolicismo*, que se convirtió en *Pueblos del Tercer Mundo*. Para estas y otras publicaciones escribió miles y miles de folios, lo que constituía la base de la propaganda que luego se repartía en las parroquias, colegios y centros de la Iglesia en orden a revitalizar las grandes campañas misioneras: la del Clero Indígena, la de la Santa Infancia y la del Domund, que entonces se encontraban en toda su plenitud.

En aquel centro se inventaron ese acrónimo para significar el Domingo Mundial de la Propagación de la Fe y pusieron toda su imaginación en lanzarla en medio del pueblo cristiano español –incluso entre quienes no se hallaban cercanos a la Iglesia- para hacer presente la necesidad de impulsar la evangelización y solicitar ayuda económica con la que sostener la infraestructura de las diócesis en los países donde no se halla implantada nuestra religión. Todo ello se traducía en un crecimiento de la mentalidad misionera entre la población creyente y en una auténtica competición para ir incrementando la aportación dineraria que luego se reparte desde Roma. Para ello se editaban millones de octavillas, folletos, revistas varias y carteles, diseñaban programas de radio y espacios en la televisión, filminas y hasta películas, algunas de las cuales (por ejemplo, “La mies es mucha” o “Balarrasa”) obtuvieron un sonado éxito. Las huchas con cabezas de negritos y chinitos, como eran conocidas popularmente, salían a la calle en manos de los niños y el resultado de la recaudación así obtenida era espectacular.

Atracción por el periodismo

Pero esta, con ser intensa, no era la única ocupación de don Manuel, pues sin haber pensado nunca en dedicarse al periodismo, su paso por aquella Escuela le abrió los ojos a una realidad que le atrajo desde el primer momento. No se perciben huellas de que manifestara inclinación durante el tiempo de los estudios sacerdotales hacia la lectura o la escritura de los periódicos, fuera de unas modestas aportaciones sobre temas misionales en publicaciones especializadas. Era lo esperable, porque en aquel tiempo el que un seminarista mostrara interés por los contenidos periodísticos era más bien un signo sospechoso, algo así como una distracción impropia. La formación de Manolo en el seminario había derivado hacia las áreas tradicionales en la evangelización: las misiones, la música, la catequesis... El musicólogo y sacerdote Federico Sopeña, que estudió en aquel seminario por los mismos años, ha escrito en un libro autobiográfico: “¡Nueve meses de curso con prohibición de leer periódicos: salvo los resultados de los partidos de fútbol!”. No tiene nada de extraño, porque era una tónica general en los lugares de formación eclesial. Claro que ese tomar distancias estaba relacionado también con la voluntad de los responsables de apartarles de todo signo de partidismo político. Será casualidad, pero el caso es que tres compañeros de curso terminaron dedicándose a ejercer de informadores. Manolo, por supuesto, pero también José Luis Torres Murillo y Cayo Luis Veja Murguía.

Así que esa afición a diarios y revistas no llegará de repente, sino que será fruto de una necesidad que hasta entonces no había sentido y que al descubrirla querrá ponerla al servicio de lo que más le importaba: la divulgación sistemática de lo misional ante un público masivo. A partir de ahí se produce una maduración y un creciente convencimiento de lo que un cristiano –un cura en su caso- podía hacer en el campo de la información. Poco a poco se fue apoderando de él un ansia de escribir fuera de las

materias propias de aquella oficina y comenzaron las colaboraciones en el ámbito de la información religiosa (hay que advertir que prácticamente este fue el único campo del que se ocupó, porque en verdad no estaba interesado por otras derivaciones: aunque pareciera que algunos escritos suyos tenían un sesgo político, siempre estaban en función del interés que el tema tenía para la Iglesia).

No se lanzó de cabeza al ejercicio profesional en cuanto concluyó los estudios, sino que poco a poco fue introduciéndose en los medios, en los que pronto se sintió seguro y muy a gusto. Después de algunas colaboraciones esporádicas, le encomendaron una sección fija sobre la Iglesia de España en la revista *Vida Nueva*, de la que poco antes se había encargado la dirección al sacerdote y periodista José Luis Martín Descalzo. Al poco tiempo también pensaron en él para hacerse cargo de la sección religiosa en el diario *Ya*, lo cual ya eran palabras mayores. Necesitaban a un periodista especializado que sustituyera al redactor y sacerdote Antonio Montero, que por aquellas fechas había sido designado obispo auxiliar de Sevilla.

La oferta era tentadora, mas para entonces las ocupaciones de nuestro cura ya estaban rebasando sus horas disponibles. Tenía muy claro que en aquellos momentos la tarea más importante a la que debía consagrarse era la animación misionera y esta suponía horas de escritura, pero también salidas a las diócesis donde requirieran sus servicios para conferencias, homilías, actos de propaganda. Y eso no podía ni quería dejarlo de lado. La solución a este problema llegó con la aceptación por parte de la Editorial Católica de que fueran dos personas las que se hicieran cargo de la sección: se alternarían por semanas y además cada uno de ellos cubriría las ausencias de quien tuviera un compromiso lejos de la redacción. El compañero elegido fue el sacerdote Antonio Pelayo (que alcanzaría el título de periodista algún tiempo más tarde), con el que siempre se entendió bien para realizar este trabajo. Además, para asistir al vespertino Consejo de Redacción (de donde salían los editoriales) estaba don Jesús Iribarren, muy bien preparado y comprensivo, con lo que se cerraba de esta manera el servicio que necesitaba el diario.

La Residencia Azorín

Pero a todo ello había que añadir otra ocupación que en la vida de Manolo había tomado una importancia creciente: la Residencia Azorín para estudiantes de Periodismo. Se llegó a ella casi por casualidad, pero con el paso del tiempo fue tomando empuje y, sobre todo, se convirtió en una obra a la que dedicó buena parte de su tiempo y de sus esfuerzos. Cuando llegó a Madrid en 1961 se alojó primero con unas religiosas y luego en una pensión, pero aquello no le satisfacía. Fue en el transcurso del Camino de Santiago, que realizó en 1965 con sus compañeros Homero Valencia, Miguel Ángel Velasco y Juan Caño, cuando surgió la idea de tomar en alquiler un piso para compartirlo unos cuantos compañeros de la Escuela de Periodismo, como ya comenzaba a ser algo habitual entre los estudiantes universitarios.

Así lo hicieron. Al principio ocuparon una casa en una colonia situada junto a la calle Francos Rodríguez de Madrid, próxima a Cuatro Caminos y relativamente cerca del edificio donde recibían las clases (la trasera del ministerio de Información y Turismo, en la calle Capitán Haya), pero llegó un momento en que pensaron que sería mejor buscar un lugar con más espacio y mayores comodidades. Lo encontraron en un chalet situado en la tranquila calle Rosa Jardón, número 4, en el barrio de Chamartín, que también estaba en las cercanías de la Escuela, a donde podían llegar andando, sin mayores dificultades. Tenía una planta baja y dos pisos más: constaba de unas diez

habitaciones, en la que cómodamente podían vivir dieciséis personas, y disponía de un salón amplio, que hacía de comedor y sala de estar, en la que todas ellas se podían mover tranquilamente. Además contaba con un jardín amplísimo, que permitía respirar a los residentes, aunque ninguno mostrara especial afición a proporcionarle los cuidados necesarios, ni siquiera cuando se exigían de forma razonable, por lo que era el cura quien periódicamente se afanaba en tenerlo medianamente presentable.

Bien podemos decir que este fue el trípode en el que se asentó la vida del P. Unciti durante décadas, con algunas variaciones y no pocos problemas, pero su entrega era tanta que no le importaba asumir la dedicación y las preocupaciones que una vida tan compleja trae consigo. Desde luego no le faltaron ocupaciones ni tampoco dolores de cabeza, muchos de los cuales podía haberlos evitado si hubiera pensado egoístamente en sí mismo y menos en los demás, pero eso no entraba en su carácter. Detallaremos a continuación lo que fue su existencia en estos terrenos, incluso en el mismo orden como los hemos ido presentando, pero lo que queremos poner de manifiesto es que por encima de todo –y lo que le impulsaba en todas sus actividades- era su condición sacerdotal. Si trabajaba a favor de las misiones, si escribía en los periódicos y mantenía aquella residencia era porque el compromiso que adoptó a los veintitrés años así se lo exigía. Nunca se olvidó de aquel lema aprendido en el seminario: el “Solo sacerdote. Siempre sacerdote. Sacerdote en todo”.

La dedicación más constante en toda su vida profesional fue para el mundo de las misiones. En eso fue perseverante y entregado, pese a todas las dificultades y la falta de consideración que recibió en más de una ocasión. Le dolían las críticas y los desplantes, como no podía ser menos, pero eso no le desanimaba para seguir luchando en lo que creía que debía hacer. Los artículos para sus revistas y para los folletos se prodigaban con el ímpetu que sabía poner en lo que de verdad le importaba. Las conferencias y cursillos eran muy frecuentes en todos los rincones de España. Nunca decía que no a una invitación. Nada le costaba subirse al coche y marcharse a donde quiera que fuese: lo que sí le costaba en ocasiones era dinero, porque era incapaz de pedir que le pagaran los gastos que estos desplazamientos conllevaban. Y, por supuesto, nunca pidió que se lo remuneraran.

Material sobre las misiones

El ejemplo de don Ángel Sagarmínaga y la actividad incesante en la divulgación fue la escuela en la que se fraguó el Manolo misionero. Ya tenía una base teológica que procedía de las enseñanzas del seminario y de la Universidad romana; ya contaba con una capacidad de trabajo y de movimientos que eran propios de su carácter impetuoso: lo que hizo su permanencia en aquel centro fue mostrarle de cerca el trabajo que se podía llevar a cabo en esa dirección y ayudarle a encontrar la manera de subvenir a las necesidades que se hacían sentir por todas partes. Y estas no eran otras que dotar a todo este movimiento de una base doctrinal con la fuerza de sus escritos y llevar a cabo la difusión que era precisa en un tiempo en que la sociedad requería el apoyo de los medios de comunicación. Salía a la calle con frecuencia, claro que sí, pero sobre todo estaba atado al teclado de su máquina de escribir para ofrecer toda clase de materiales para sacerdotes, agentes de pastoral y para el público en general.

Gran parte de los textos que se publicaban en la revista *Illuminare* eran fruto de su cosecha, así como las herramientas doctrinales para la preparación de las campañas del centro. En cuanto a *Pueblos del Tercer Mundo* no había número sin algún artículo o reportaje suyo, aunque allí el trabajo estaba más repartido. En primer lugar, porque al

concluir el periplo vital de *Catolicismo*, se tomó la decisión de que fuera sustituido por un mensual que actuara como órgano de expresión de todas las congregaciones misioneras que quisieran sumarse. Con anterioridad cada una de ellas disponía de su propia hoja informativa, lo que dividía grandemente los esfuerzos, pero lo mantenían porque representaba una forma de fidelización y una manera de obtener ayuda económica para sus actividades. No sin dificultades, se llegó al convencimiento de que lo conveniente era colaborar todos en la creación de una revista bien dotada, para que creciera la conciencia misionera entre todos los cristianos, huyendo de capillismos. Hubo muchas resistencias e incumplimientos, pero algo se logró.

Desde el comienzo colaboraron en sus páginas representantes de los grupos integrados, pero además se buscó quien ayudara a Manolo en esta tarea de redacción, corrección y diseño. El primer subdirector que tuvo la revista fue Tomás Fernández Martín, redactor de *Ya*, que lo dejó pronto. Le sustituyó Joan Cantavella, también redactor de *Ya*, quien apenas estuvo un par de años. Después llegaron José Antonio Álvarez Gundín y Emilio Zuñeda, entre otros, para concluir con Alfonso Blas y Antonio Aunés, que todavía permanecen realizando estas labores. Todos ellos salieron de la propia residencia Azorín, pues era intención de Manolo el que aquel puesto sirviera de entrenamiento para puestos de mayor responsabilidad (y mejor remunerados).

Periodista profesional

En cuanto al trabajo profesional como periodista, en un principio se desarrolló en el semanario *Vida Nueva* y en el diario *Ya*, como hemos visto. En aquel sólo estuvo dos o tres años y seguramente si se marchó no fue por voluntad propia, sino porque no logró entenderse al cien por cien con su director, José Luis Martín Descalzo. No eran cuestiones personales las que les separaban, sino dificultades derivadas del momento político y eclesial que se vivía. Estábamos en los años finales del franquismo, cuando la Iglesia católica había apostado decididamente por el desencanche del régimen y había tomado las riendas del arzobispado de Madrid y de la Conferencia Episcopal Española don Vicente Enrique y Tarancón. Manolo se encontraba sin duda en esta línea, pero tal vez se le notaba demasiado que deseaba llegar más lejos y en aquella revista se medían mucho las palabras para no buscarse más problemas que los que llegaban sin pretenderlo. La crónica de la actualidad eclesial, que era lo que preparaba allí, pasó a realizarla para las revistas *Iglesia Viva* y *Sal Terrae* con menor audiencia y más larga periodicidad, pero en todo caso le permitía interpretar lo que estaba ocurriendo desde una perspectiva acorde con su manera de pensar.

En cuanto a su vinculación al diario *Ya*, resistió más años, unos doce tal vez. Aunque el trabajo era realizado a medias con su compañero Antonio Pelayo, le pesaba esta tarea, pues la tenía que llevar a cabo al término de una repleta jornada laboral. Si lo mantenía no era tanto por su conveniencia, sino porque de esta manera facilitaba el ingreso de los muchachos de la Residencia en los medios de la Editorial Católica, que además del *Ya*, era propietaria de los periódicos regionales de Badajoz, Granada, Murcia y A Coruña. Al fin se marchó en 1981, tampoco por propia voluntad, aunque no puso ningún impedimento para salir, sino por la incitación del entonces director del diario, Manuel Jiménez Quílez, poco amigo de que la página religiosa fuera llevada por un reconocido progresista. Acató la indicación, porque no tenía ningún interés en imponerse ni en obtener recompensa alguna, y aquí, paz y allá, gloria.

Aquella salida representó para él una liberación, pues le estaban pesando todos los trabajos que cargaba sobre sus espaldas. Mas no por ello dejó de escribir en muchos

medios, sobre todo en los que antes no podía atender. Mantuvo secciones fijas en revistas como *Iglesia Viva*, *Caritas* o *Familia Cristiana* y respondía positivamente a las invitaciones de otras, como *Ecclesia*, *Razón y Fe* o *XX Siglos*. Desde luego, tarea no le faltaba.

Es más, quiso llevar a su realización un proyecto que le rondaba en la cabeza desde hacía tiempo: a su juicio la sociedad española, sobre todo la confesionalmente comprometida, estaba necesitando un semanario que aportara el punto de vista de la comunidad creyente y que además iluminara los afanes colectivos de cada día con una visión cristiana. No se trataba de lanzar una revista con noticias sobre la Iglesia, sino de ofrecer información general desde la perspectiva cristiana. El semanario *Mañana* cubriría ese hueco con toda la fuerza que la Iglesia española podía desarrollar en este campo. Una fundación, presidida por el cardenal Tarancón y formada por relevantes personalidades de la vida social, cultural y económica, regiría los destinos de esta novedosa iniciativa. En tal proyecto invirtió tiempo y energía, pero la respuesta que obtuvo estaba lejos de alcanzar las metas indispensables que se había propuesto. Llegó un momento en que no tuvo más remedio que admitir que se había fracasado, que no se contaba con el capital financiero y humano que se necesitaba para tan sugerente oferta. Hubo que arriar las velas, con inmenso dolor por su parte, porque estaba convencido de que la sociedad española estaba necesitando una revista de esta dirección y envergadura.

Centro para formar periodistas cristianos

Y luego estaba la Residencia, claro está. El hecho de concluir la carrera e independizarse los compañeros que la fundaron; el hecho de trasladarse a la calle Rosa Jardón, con lo que tomó un aire más formal, le dio un aire diferente y de mayor exigencia. Ya no se trataba de un grupo de amigos que se habían juntado para solucionar su problema de hospedaje en Madrid, sino que estábamos ante un sacerdote que lideraba un centro para la formación de periodistas cristianos y, por lo tanto, había unos mandatos que necesitaban ser cumplidos y una autoridad a la que todos los residentes tenían que someterse. No hace falta decir que el trato era muy igualatorio, pero la responsabilidad era suya y la autoridad también. Lo que siempre se mantuvo fue una cuota de alojamiento incomparablemente baja en relación con los precios que se pagaban en residencias y colegios mayores: se buscaba cubrir gastos y nada más, pero en realidad no se llegaba a esta pretensión y tenía que ser el director quien cargara con el déficit o los gastos extras. Que sepamos, la única subvención procedía de la Editorial Católica, que en los años setenta era de unas veinte mil pesetas y que posiblemente se elevaría a las treinta mil en años posteriores, aunque las dificultades económicas por las que pasó esta llevaron a suprimir tan magro estipendio. Por supuesto, la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social, que siempre tuvo elogios a la labor del P. Unciti (y también algunas desconfianzas) nunca tuvo el detalle de conjugar las pérdidas con algún tipo de ayuda. Pero tampoco Manolo tendió la mano con esta pretensión, porque estaba seguro de que para recibirla tendría que someterse a las pretensiones ordenancistas de los obispos, y tampoco estaba por la labor.

Entre los quince estudiantes que residían allí los había de todos los pelajes. Un buen número de ellos cursaban los cuatro años que por entonces tenía la carrera en la Escuela Oficial de Periodismo o los cinco de la licenciatura que marcaba la Facultad de Ciencias de la Información cuando se implantó a partir de 1971. Otros, en cambio, vivían allí de pasada, y marchaban porque no les agradaba aquel ambiente o chocaban con las pretensiones formativas del cura. En algunos casos era este el que les ponía la proa y les

invitaba a que tomaran su propio camino, porque ya veía que estaban lejos de aceptar las normas de la casa o el espíritu que se intentaba establecer.

Uno diría que la convivencia era de lo más pacífica y el compañerismo muy agradable, pero estoy seguro de que todos no lo percibían de la misma manera. Aunque había sus excepciones en la aceptación de algunos candidatos en función de las necesidades de ocupar todas las habitaciones, la inmensa mayoría eran estudiantes de Periodismo, inclinados hacia la prensa escrita. La búsqueda de otros derroteros dentro de la profesión se fue diversificando con los años, sobre todo a medida que se abrieron o tomaron fuerza los nuevos caminos y que se llegó a una saturación en la empleabilidad de los periódicos.

Lo que nunca decayó es el ánimo del cura por formar una comunidad de profesionales creyentes y tampoco se desanimó a pesar de que en determinados cursos la rebeldía de algunos de los residentes se hacía notar y se convertía en blanco de los ataques de quienes deseaban beneficiarse de las ventajas, pero evadirse de las normas. Todo aquello le hacía pasar por tragos amargos, que no se solucionaban hasta que tales disidentes abandonaban la residencia por propia iniciativa o por su autoridad.

Era habitual que algunos de los allí alojados empezaran pronto a trabajar en los medios, al menos en las dos primeras décadas de su existencia. No era una pretensión difícil por entonces, ya que las cabeceras necesitaban profesionales para sus plantillas, especialmente en los regionales. La mayoría de los estudiantes hacían sus prácticas mientras estudiaban en la Escuela y, al concluir la carrera, regresaban a su lugar de origen donde eran bien acogidos en los diarios de la capital. La situación comenzó a torcerse cuando se implantaron las Facultades de Ciencias de la Información, porque el tropel de estudiantes que se matriculó a partir de entonces hizo que fuera inasumible para las necesidades del mercado español. La salvación, en un primer momento, llegó por parte de las radios y las televisiones, también por parte de las empresas y de las agencias de comunicación, pero eso ocurrió cuando la Residencia ya se encontraba en sus últimos tiempos.

Ese afán de trabajar mientras se llevaban a cabo los estudios hizo que en algunas épocas la Residencia pareciera una redacción, lo que sin duda contribuyó de manera muy notable a la formación de quienes se encontraban allí, aparte de que pudieran conseguir ingresos con los que ayudarse en su manutención. No en todos los casos, pero eran muchos los compañeros que residían en Madrid gracias a un esfuerzo elevado de sus padres, con lo que estas tareas ayudaban a que el sacrificio fuera más llevadero. Algunos de los que llegaban con afán de estudiar en la capital estaban en una situación que podríamos calificar de “desamparo económico” y sobrevivían porque el cura les permitía una rebaja en su cuota o, incluso, que dejaran de pagar lo que les correspondía. De estas situaciones nos enterábamos en contadas ocasiones, a veces pasados los años, porque no solían trascender.

Con el tiempo, los que habían ingresado en los medios por los escalones más bajos, al concluir la carrera, iban subiendo hasta los puestos de mayor responsabilidad, con lo que los recién llegados nos sentíamos orgullosos de entrar en un colectivo donde teníamos modelos que imitar y también compañeros que nos podían echar una mano. En España siempre ha sido normal el recibir ayudas desde dentro de las empresas para aproximarse a ellas e ingresar en sus plantillas, pero eso no hacía que se hubiera constituido en una oficina de colocación. Es verdad que con el tiempo se llegaba a formar núcleos de residentes en cada una de las empresas importantes del campo de la comunicación, algo que resulta normal en toda clase de grupos consolidados, pero

nunca se pudo decir que aquello derivara a una agencia de favores mutuos ni que constituyera un grupo de presión.

Llegan las dificultades más graves

Así transcurrieron los años y llegó un momento en que comenzaron las dificultades laborales y de salud para Manolo. El primer disgusto provino de sus queridas Obras Misionales Pontificias, algo inusitado, porque jamás habría llegado a pensar que tal sucediera en el feudo de su dedicación más absorbente y de su vocación más asentada. Y que además el rechazo proviniera de un compañero suyo del seminario, José Luis Irizar, quien en 1995 se hizo cargo de la dirección de aquel organismo. Pero así son las cosas.

Hacia las navidades de 1996 comenzaron las hostilidades (hacia él, en modo alguno a la inversa). En un primer momento se trataba de insinuaciones que ni siquiera una persona de la listeza natural de Manolo fue capaz de detectar. Que si le convendría jubilarse para descansar, para escribir libros; que si podría disponer de un piso para retirarse en San Sebastián o un apartamento en Benidorm; que si le podrían retribuir su retirada con unos cuantos millones... Él no tenía intención de dejar de trabajar: primero, porque consideraba que disponía de todas las fuerzas; segundo, porque dedicarse al tema misional había sido la ilusión de su vida y una poderosa justificación de su sacerdocio; tercero, porque el hecho de que a los curas no se les incluyera en la Seguridad Social (en su caso pasaron muchos antes de que empezara a cotizar) no le permitía disponer por entonces de una cantidad suficiente en su pensión: por eso era mejor retrasar el acceso a esta con el fin de acumular más tiempo de pagos.

Pero a la vista de que no se daba por enterado de lo que se le insinuaba, aquel director nacional optó por actuar de forma que no hubiera dudas. Coincidió que a Manolo le encargaron un libro sobre maristas asesinados en África y marchó a trabajar en soledad durante dos o tres semanas, para concluir el encargo en un plazo razonable. A su vuelta comenzaron los dardos hasta exigirle de forma imperativa que dejara el despacho y se marchara a su casa. No se lo podía creer: aquello se asemejaba más a una expulsión que a la salida airosa de una institución a la que se había entregado en cuerpo y alma durante unos treinta y cinco años. Recurrió a los obispos amigos, a la propia nunciatura, pero ninguna de sus acciones dio resultado y el director no dio su brazo a torcer (el nombramiento que ostentaba era de designación vaticana, por lo que no admitía injerencias de otras autoridades).

Fue un varapalo que le resultó muy doloroso, por impensado y por injusto. Lo sublimó al continuar con sus tareas de animación misionera, pero por su cuenta, como una especie de “freelance” que seguía acudiendo a las parroquias y organizaciones católicas que solicitaban su presencia, que escribía de temas misionales en las publicaciones donde siempre había colaborado (incluso en las del propio centro, porque los directores se lo solicitaban). Y sobre todo pensó que estaba en buena disposición para escribir libros, folletos y capítulos sobre los problemas de las naciones del Tercer Mundo, porque disponía de una formación y de una experiencia que venían de lejos. Eran más de cincuenta años (casi desde que era un niño) en los que se había tomado muy en serio todo lo relativo a llevar la fe a las comunidades más alejadas y que menos acceso habían tenido a su conocimiento.

De esa manera salieron de su taller (la vieja máquina de escribir con la que siempre había estado preparando las colaboraciones periodísticas) una serie de libros que probablemente no dinamizaron demasiado a las comunidades, porque el afán de lectura

es tan escaso como la preocupación por estos pueblos distantes, pero en los que Manolo ponía el ímpetu y la ilusión que siempre había depositado en todo cuanto podía divulgar sobre este campo. Después de *África en el corazón* y de *Sangre en Argelia*, que son anteriores a esta etapa, hay que saludar el lanzamiento de *Amaron hasta el final* y, sobre todo, el volumen que dedicó a las misiones diocesanas vascas, *Los comienzos de la gran aventura* (del que existe una traducción al euskera) y de su continuación, el dedicado a las misiones que las diócesis vascas mantenían en Angola. Por los problemas que allí surgieron y las discrepancias que se originaron al respecto entre los sacerdotes vascos que acudieron a estas tierras (algo que el libro trataba de reflejar fielmente) nunca llegó a publicarse. Últimamente se ha editado un volumen sobre el Congo, del que ni teníamos noticia.

No solamente eran libros de carácter misional los que estuvo redactando en este tiempo, sino que abordó otros de tema religioso, pero en una línea distinta. El principal de ellos fue *Teología en vaqueros* (2000) que es fruto de sus reflexiones en los últimos años y de trasladar al terreno de la escritura las charlas que durante mucho tiempo fue dando a jóvenes en muchas ciudades de España. Su lanzamiento tuvo una excelente acogida, aunque algunos obispos lo consideraron atrevido en exceso. Pensó en darle continuidad, abordando cuestiones que en aquel volumen no había podido incluir o sobre las que había pasado de puntillas. Eran las relativas a la reforma de la Iglesia, que le preocupaba hondamente. Aunque escribió algunos folios, no se lanzó a fondo. Quizá se encontraba ocupado con otras tareas, quizá empezó a sufrir los latigazos de su enfermedad y, más que posible, es que temió llegar demasiado lejos en sus reflexiones. No es una mera suposición nuestra, porque en alguna ocasión nos lo confesó paladinamente. Aunque con posterioridad salieron un par de trabajos más, en realidad ahí acabaron sus libros. Lo que no concluyó es la preparación de artículos, sobre todo para dos medios muy queridos por él, el diario vasco *El Correo* y la revista *21*, en los que escribió hasta bien avanzada su enfermedad final.

Cierre de la Residencia y decadencia física

Después de su salida del centro misional en el que había consumido treinta y cinco años de su vida, llega el momento de ocuparnos del segundo trago por el que hubo de pasar, de un signo muy diferente, pero igualmente doloroso. La residencia Azorín, que había sustentado durante casi cuarenta años, no podía seguir manteniéndola, porque habían variado sustancialmente las circunstancias sobre las que se había levantado y sobre las que se había mantenido.

Sabido es que los primeros habitantes son los compañeros de Manolo en la Escuela Oficial de Periodismo (los que comenzaron en 1963), seguidos por los que fueron llegando en las siguientes promociones. La carrera solo se podía estudiar en Madrid (aunque luego se pusieron en marcha los centros de Barcelona y de La Laguna): por lo tanto allí acudían alumnos de casi todas las regiones españolas. En 1971 los estudios de Periodismo pasan a la Universidad y se crean las primeras Facultades, concretamente en Madrid, Barcelona y La Laguna: en un primer momento no cambia gran cosa la anterior movilidad de los estudiantes, pero paulatinamente la situación evoluciona y al cabo de dos décadas en nada se parece a lo que la mayoría de los periodistas habíamos conocido.

En primer lugar, la afluencia masiva de estudiantes para cursar una carrera que se ha puesto de moda. De los apenas doscientos alumnos que concluían los estudios en los últimos años se ha pasado a miles. Esto, que en principio parece positivo por el crecimiento de la demanda para entrar en la Residencia, tiene que ser complementado

con otro dato que lo distorsiona: dado el crecimiento exponencial de la demanda, comienzan a crearse Facultades de Ciencias de la Información en un buen número de Universidades. Ya no acude a estudiar en la Universidad Complutense aquel aluvión de muchachos que salían de sus casas para instalarse en Madrid. Ya no hay apenas forasteros que necesiten acogida.

Dos circunstancias más a tener en cuenta. La profesión se va feminizando: hay más chicas que chicos en las aulas y la Residencia ha sido siempre masculina. Se presentan un buen número de candidatas, incluso hay padres que le ruegan al cura que acepte la presencia de sus hijas, pero este piensa que tal apertura complicaría las cosas. Se trata de un espacio relativamente pequeño para las dieciséis personas que allí moran, donde siempre se ha vivido con las puertas abiertas, con solo tres baños y de escasas proporciones, lo cual llevaría a que la convivencia se hiciera compleja y dificultosa. Manolo ya ha llegado a los setenta años y percibe que no va a poder continuar por mucho tiempo. ¿Vale la pena llevar a cabo las adaptaciones personales y materiales que son necesarias para el poco tiempo en que prevé que pueda continuar? Tampoco le resulta aceptable el recurrir a estudiantes de otras carreras, cuando la seña de identidad había sido desde el primer instante la coincidencia en el periodismo.

Por otra parte, siempre tuvo claro el P. Unciti que aquella Residencia no era un hostel ni un Colegio Mayor, donde las únicas exigencias fueran las de una armónica convivencia. Él deseaba continuar viviendo con un grupo de amigos, verdaderamente interesados en la preparación para el ejercicio profesional del periodismo y con una vocación cristiana indeleble. Encontrar personas que compartieran con toda sinceridad y valentía estas ideas se estaba convirtiendo en un contratiempo. Los jóvenes ya habían iniciado (o completado) el desenganche de los lazos que a ellos o a sus padres les habían unido con la Iglesia y desde luego no estaban dispuestos a recomponerlos. Hablarles de una Residencia dirigida por un cura, donde se les pediría que asumieran un compromiso cristiano, no entraba por lo general en los cálculos de la inmensa mayoría.

Así llegamos al año 2003. Manolo ha sobrepasado ya los setenta y cada curso que pasaba se sumaba uno más y aumentaba su decaimiento. Los años, los disgustos, el alcohol y el tabaco estaban pasando factura a su salud. Había sufrido un infarto de miocardio, del que afortunadamente se repuso pronto, al tiempo que asomaba la enfermedad pulmonar que se agudizaría al final de su vida. Con gran dolor se ve obligado a reconocer que no es posible continuar. No hay más remedio que cerrar la que ha sido su casa durante casi cuarenta años y dispersarse los últimos muchachos que le han acompañado en esta aventura vital.

Los últimos años de su vida fueron penosos para él. Después de sufrir un infarto de miocardio, después de serle diagnosticada una Epoc (enfermedad pulmonar obstructiva crónica) su vida perdió la calidad de que había gozado con anterioridad. Cada vez podía salir menos de casa, porque se ahogaba al menor esfuerzo. Confinado en el salón de su domicilio, sentado en un sillón patriarcal, pasaba las horas aplicándose una mascarilla de oxígeno y viendo la televisión durante buenos ratos, aparato del que había abominado durante gran parte de su vida.

A finales de 2013 fue ingresado por última vez en el hospital Ramón y Cajal de Madrid, donde no parecía avanzar en la eliminación de los elementos dañinos. Aún hacía planes para las fiestas de Navidad. Soñaba con trasladarse a San Sebastián, para pasar aquellos días con sus hermanos y sobrinos. El 1 de enero de 2014, día de su ochenta y tres cumpleaños, fue el último en que permaneció consciente. Dos días después nos dejó para siempre.

Después de verle luchar durante años contra la cruel enfermedad, después de asistir a sus reiterados ingresos hospitalarios, no nos podíamos creer que hubiera llegado al final, que en aquella ocasión podía apagarse su voz y su sonrisa para siempre. Pero el eco de sus palabras, el cariño inmenso con que siempre nos envolvió y la cordialidad y sinceridad de su acogida no se nos borrará jamás.